

Este *Epistolario* —con sus 126 cartas— documenta, confirma y completa la total creación aleixandrina, siendo además cabal testimonio de una amistad intensa y devota. Se abre a todo y a todos.

Es legítimo añadir —repetimos— a la obra total de un gran poeta las cartas que escribiera en vida como parte inseparable de aquélla. Su correspondencia será siempre una fuente de información autobiográfica e histórica, y un complemento en prosa de importante valor literario esencial a su obra creadora. Sus relaciones epistolares acrecen de manera preciosa nuestro conocimiento del hombre y del escritor. Sus cartas suministran con frecuencia los motivos que inspiraron su verso y su prosa, recuerdos a la vez vivos y ensoñados. Manifiestan —insistimos— gran número de sus preocupaciones físicas y espirituales que el lector avisado puede trasponer a sus poemas y descubrir de qué modo se translucen. Páginas —sobre el amor, la amistad, la poesía, etc.— son de interés verdaderamente primordial ya que en ellas el poeta se confiesa, precisando actitudes —incluso— hacia su patria, hacia la libertad opuesta a la tiranía. Por ejemplo, después de leer a Blanco White, se lamenta: «Terrible España. No sé si algún día el fanatismo y la extremosidad dejarán de ser su carácter sobresaliente» (CXXII, 10-VII-1975).

El *Epistolario* —seleccionado y lúcidamente prologado por José Luis Cano, su destinatario directo y único— desvela una profundidad psicológica sorprendente que esclarece aspectos de la personalidad humana y literaria de Vicente Aleixandre. Es, finalmente, un retablo magistral de los últimos lustros existenciales de nuestro premio Nobel.

José Luis Cano es quien recibe la inmediata comunicación del poeta: es —podemos decir— su mensajero, su intermediario, su confidente de máxima confianza. La íntima conversación nos es transmitida por estas cartas al ser publicadas con tanta fortuna: el poeta, ahora, habla también para nosotros. Le vemos vivir, pensar, sentir, sufrir, renacer... Cartas «personales», sí, a las que hoy todos tenemos acceso. Su riqueza comunicativa es siempre actual: exponen, narran, exhortan, sugieren, consuelan, aman..., sin ningún didactismo, libre y cálidamente humanas, sin ninguna retórica específicamente epistolar. La «*philophronesis*» —sentimiento amistoso— es el principio que informa este *Epistolario* y sólo exige sinceridad, sencillez, brevedad y estilo «llano», aunque pleno de «decoro» poético. Ni un ápice de retórica clásica o renacentista. Vicente Aleixandre no practica la «epistolografía» sino que, simplemente, se «comunica» —como quería con sus versos— con el destinatario —lector— amigo. Aunque hay párrafos tan bellos que pudieran servir de prefacio a libros aleixandrinios. Cartas —de variada extensión— sin artificialidad literaria, escritas a corazón abierto o desnudo, a flor de piel sensitiva... Diríase que son desahogos de su alma vertidos en la del amigo leal y sensible.

Con excepción de algunas, estas cartas fueron escritas en Miraflores de la Sierra, lugar de veraneo y descanso para el poeta desde 1925. Según escribe, se lo sabe de memoria: «La tierra me es familiar. Si yo soy andaluz, sevillano-malagueño, soy también un poco de Miraflores. Aquí vine enfermo, enfermísimo. Aquí he vuelto más sano. Aquí he venido sin amor y he venido enamorado. Aquí he acariciado las más dulces memorias y aquí he sufrido las más punzantes agonías. Aquí he escrito libros o parte de ellos...» (XXVIII, 5-VII-1945).

A través de este *Epistolario*, la manera de ser de quien lo escribe va emergiendo día por día. A veces, en referencias a sus propios libros. Aludiendo a *Historia del corazón*, piensa que si se hubiera muerto sin haberlo escrito, su poesía hubiera quedado incompleta: «con zonas de mi alma que hubieran quedado sin expresión. La piedad, la comprensión humana, la tolerancia para comprender un poco a los seres, que en mí pueda haber, no se habían entonces reflejado en mi poesía. En este libro aparecen y trasminan constantemente. Por eso quiero tanto a ese libro y lo siento tan próximo» (LIV, 4-IX-1954). También cree en la fortaleza íntima: «Nada coopera en el mundo desde fuera. Todo es un largo, un conmovedor triunfo de la fortaleza interior» (LIV, 4-IX-1954). Con estas palabras se autorretrata, en lucha siempre con la enfermedad que conspira contra su obra creadora. Sin embargo, siente interés por cuanto ocurre en el mundo, a pesar de su aparente aislamiento: «Cuéntame cosas; ya sabes que todo me interesa» (LXIV, 19-VII-1958).

Temas centrales

La lectura de estas cartas permite seguir el hilo de varios motivos capitales que confieren al *Epistolario* una sostenida unidad de «confesión» humana, muchas veces emocionante y siempre «iluminadora». Nos parece obligado destacar los más sobresalientes y significativos.

1. **El dolor.** El cuerpo enfermo es para Vicente Aleixandre una «cárcel» y el dolor físico le inspira líneas de gran belleza romántica —podríamos apuntar—: «Castigado en un cuerpo, hoy de más vuelo corto que nunca, siento unas alas inmensas forzosamente plegadas, machacadas, pero sintiendo por ellas mi sangre continuamente; y héme aquí que me mata, que no puedo, que me enfermo y acabo». Su cuerpo débil es su «maniatada residencia». Y añade con desesperación: «Nací para la luz, el amor, la libertad, y desde mi oscura sombra, ramalazos de iluminación que deslumbran mi corazón me dan la conciencia de este inmóvil destierro. Un poco de salud y yo sería dichoso. No pido otra cosa. La salud en mí es el amor. Sólo la quiero para vivir en plenitud, para no sentir el cuerpo, para olvidarme de mi oscuro dueño» (XIX, 17-XII-1943). Patéticas líneas que completan otras, escritas años más tarde: «El cuerpo es una maravilla en la salud. Pero el cuerpo insuficiente, doliente, es cárcel, dolor, testimonio de un límite que odiamos. ¿Quién dispondrá del destino de las criaturas? ¿Qué Dios ciego, masa brutal de eterno desamor, distinto del benigno Dios que se sueña? Comprendo resacas, saqueos, revoluciones... ¿Cómo no comprenderlo todo, si allá en el caos que se llama mundo, tan lejano del orden amoroso para el que pudimos nacer? Habitadores de la sintazón que llamamos vida. Un poco de amor compensa del eterno engaño. Pero cuando uno está mal, incapaz de amar, no se parece uno a sí mismo. El cuerpo enfermo, ni amor quiere. Y entonces uno ni ese consuelo tiene. Qué solo se siente» (XXXVIII, 26-VIII-1950). Y cuatro años después, confiesa: «Siempre he envidiado la salud, que es lo único que envidio. ¡Me siento tan inferior ante cualquier criatura saludable, por humilde que sea! La fuerza y la salud dan algo de los dioses al hombre. ¡Cuántas veces he experimentado yo, en cambio, la sensación de la más fea servidumbre!» (LIV, 4-IX-1954). Humana compasión nos estremece y admiramos más aún al

hombre que, pese al dolor, fue capaz de crear *Sombra del Paraíso*, obra de hermosura radiante y primigenia.

2. **El amor.** Frente al dolor —y unido a él— se alza el potente sentimiento amoroso que —dentro de este *Epistolario*— alcanza exteriorizaciones bellísimas, hondamente sentidas. Vicente Aleixandre sabe que la experiencia amor-dolor no es sólo suya, sino compartida, vivida por todos. Y con certeza afirma: «Como he besado labios ardientes o suavísimos, como he poseído cuerpos adorados, exactamente lo mismo que he sufrido mi dote de dolor, que no era mío sólo, *porque yo sé que he sufrido por muchos que no sufrieron. Porque yo no soy yo solo*» (II, 3-IX-1939). El poeta representa al hombre: es el hombre. El amor es pura electricidad de los aires y de la tierra sentida, sobre todo, en contacto con la Naturaleza, en Miraflores. Vicente Aleixandre entona, ahora, un canto al amor, uniéndolo a la amistad y a la muerte, en un fragmento que es un verdadero poema en prosa que linda con la elegía:

¡Ay, el amor...! Nadie como yo goza en el amor, y sufre por amor. Los acentos más grandes de mi vida me los ha inspirado el amor. Pero del amor se despierta. ¡Ojalá se despertara en la muerte! No, se despierta en la vida, en la soledad de la vida, y con qué relieve se la palpa herididamente. Sólo la amistad puede perdurar. Sólo esa seguridad privilegiada (cuán raramente se la alcanza) sostiene el afligido cuerpo, lo que hallamos de nosotros en el despertar cruel de nuestra muerte engañosa. Por eso una amistad, una hermandad, es lo único que alivia la experiencia relampagueante de la vida. Un corazón que nos quiere y nos entiende, que delicadamente vive en nosotros, es lo único que da cierta firmeza al suelo de nuestra existencia.

Muerto está Miguel [Hernández], que fue mi amigo. Aquel relámpago de mi vida, aquel amor contemporáneo de mi amistad con Miguel, me trajo la experiencia de su cariño hermoso. Y en la mayor desolación de mi vida, él supo, Miguel, sostenerme de algún modo, poniendo su gran corazón como tierra benigna, como madre tierra, sobre la que yo pudiera llorar. ¡Cómo desahogué mi corazón! Bien recuerdo sus ojos, sus claros ojos que me miraban, entendiendo, atendiendo, abrigando, casi acariciando, como madre, como tierra madre. Porque un amigo en los momentos grandes es hasta misteriosamente eso: tierra y madre... (XI, 21-IV-1942).

(Recordemos que Miguel Hernández falleció en el Reformatorio para Adultos de Alicante el 28 de marzo de 1942 y que Vicente Aleixandre debía sentirse hondamente afectado por su temprana muerte.)

Pero la vida sigue y el amor también. El poeta lo definirá así: «No es un engaño el amor, aunque también lo sea [...] No es engaño cuando ponemos la mano en nuestro corazón: aquí está. Y lo es ahí fuera, en cuanto su tránsito se desvanece como una luz que un instante se toca con la de nuestro propio corazón para dejarnos inmediatamente. Relámpago, sí, relámpago de eternidad.

«Quizá por eso es lo mejor del mundo. Algunos poetas pasamos por la tierra con memoria de cielo. Trasunto de un fallido destino es esta memoria dorada o esta hambre insólita y poderosa, esta fuerza, relámpago corporal que asido por nuestra mano aún manejamos lúcidamente de vez en cuando, con sorprendente efecto» (XII, 2-VIII-1942).

Sintiéndose enfermo, reconocerá que «el amor es fugacidad» (XIX, 17-XII-1943). Al comienzo del mismo año, había afirmado que «la muerte es el amor definitivo» y, reconociendo la transitoriedad de la belleza corporal, teme al amor: «Porque yo nací para amar como un dios (porque sólo un dios puede amar así con soberanía). Y no